



## SAN BENITO

*De la introducción escrita por Dom García M. Colombás, monje de Montserrat, a la obra San Benito, su vida y su regla, BAC, Madrid 1954, pp. 42-60.*

Un moderno biógrafo del patriarca de los monjes de Occidente empieza su relato con estas prudentes palabras: «San Benito vivió en el siglo VI. Siendo el siglo VI una época no sólo remota sino también especialmente oscura, no cabe esperar que el historiador de un personaje de aquel tiempo pueda escribir sobre su héroe con todo el detalle exigible a una biografía moderna. Y en efecto, si conocemos las líneas esenciales de la vida de San Benito y podemos representarnos muchos de los rasgos de su figura moral, hay un sinnúmero de hechos, algunos de gran importancia, que nos son totalmente desconocidos o que sólo podemos tímidamente conjeturar.



## La vida

Cuanto sabemos de la existencia de San Benito, lo debemos a San Gregorio Magno. Antes de este papa, nadie había mencionado al patriarca de Casino. Este hecho, indudablemente curioso, puede explicarse por la escasez de nuestra documentación sobre el siglo VI en general. San Benito, además, no intervino en ningún acontecimiento notable, fuera político o religioso, de su tiempo.

San Gregorio, que dedica al «hombre de Dios» todo el libro segundo de sus *Diálogos* (593-594), no se proponía evidentemente escribir una biografía en el sentido moderno de la palabra. El hagiógrafo se interesa directamente por los milagros del santo; los fines que pretende son, ante todo, edificar e instruir a sus lectores; y es, además, indudable que en su obra se deslizaron elementos legendarios, debidos a la piadosa imaginación de los cuatro abades que informaron al pontífice, o tolerados por el género literario a que la obra pertenece. Esto no obstante, no cabe duda de que San Gregorio estaba bastante bien enterado del conjunto de los hechos de uno de sus contemporáneos célebres, que había vivido no muy lejos de Roma menos de cincuenta años antes; y «en todo caso las grandes líneas de la carrera de Benito son conocidas de fuente histórica».

## UN JOVEN DE BUENA FAMILIA

### La patria

San Benito nació en la comarca de Nursia, en los confines de la Sabina. El carácter del santo conservará el cuño de tal origen. País montañoso de inviernos frigidísimos, cría hijos robustos y austeros. La *nursina durities* era proverbial en Roma; Cicerón calificaba a los sabinos de *severissimi homines* a causa de la rudeza de sus costumbres, y Horacio, que poseía una propiedad rústica en los montes sabinos, alude repetidamente al duro temperamento de aquel pueblo.

En tiempo de San Benito, el país poseía ya una larga tradición cristiana. Sus montes y sus valles estaban sembrados de eremitorios y pequeños monasterios. Por entonces vivían precisamente en él dos santos monjes, Eutiquio y Florencio, de quienes hace memoria San Gregorio en los *Diálogos*. En la misma obra se nos habla de otro contemporáneo de Benito, el santo abad Spes, gran propagador del ideal monástico en toda la región, a pesar de una ceguera que le afligió durante cuarenta años. Desgraciadamente nos es imposible conocer hasta que punto influyeron en el ánimo del patriarca las tradiciones monásticas de su país natal: al menos nos consta que conoció la vida monacal desde sus primeros años, y no cabe

.....



duda de que los santos religiosos de Nursia y su comarca debieron impresionarle favorablemente.

### La familia

San Gregorio, que con tanta frecuencia olvida al hombre en provecho del santo, nos dice solamente que Benito nació *liberiori genere* (*Diál.*, II, pref.). No imaginemos como se solía antaño ni latifundios ni palacios senatoriales. De la expresión del biógrafo se infiere tan sólo que el hombre de Dios pertenecía a una familia distinguida; seguramente una de esas antiguas familias profundamente arraigadas en el suelo natal, conservadoras de las mejores virtudes y tradiciones de la raza. Nada se nos refiere acerca de sus padres. Algo sabemos, en cambio, de su hermana Santa Escolástica. El amor tierno y profundo que unió a ambos santos hasta en la tumba (*Diál.* II, 34), acaso nos autoriza a barruntar algo del dulce calor del hogar familiar, como de la santidad de los dos hermanos; no es quizá del todo aventurado colegir la nobleza de alma de sus padres. Pero las profundas convicciones cristianas de estos últimos se desprenden con mucha más seguridad del hecho de haber consagrado a Dios la virginidad de su hija cuando Escolástica era aún niña (*Diál.* II, 33). La familia de Benito disfrutaba de buena posición económica, pues pudo permitirse el lujo de enviar a su hijo a Roma para completar allí sus estudios.

### El tiempo

Resultaría trabajo perdido buscar en la narración gregoriana la más leve indicación cronológica; sólo la tradición ha fijado, con bastante probabilidad, la fecha del nacimiento de San Benito hacia el año 480.

La vida del hombre de Dios transcurrió, pues, en una difícil época de decadencia, de desagregación y de confusión; en pleno periodo de aquellos ingentes movimientos de pueblos mal llamados «las grandes invasiones». Italia, empobrecida, despoblada y desmoralizada por los diversos elementos de desintegración que venían actuando en ella desde los remotos tiempos de la República, estaba viendo, desde principios de aquel nefasto siglo V, el colmo de sus calamidades con las sucesivas invasiones de diversos pueblos bárbaros. Al terrible azote de los hunos, siguió la acometida no menos asoladora de los vándalos. Otros contingentes bárbaros menos importantes irrumpieron igualmente en la península. En 476 los hérulos, capitaneados por Odoacro, dieron el golpe de gracia al carcomido Imperio romano de Occidente. Fue precisamente por los años en que Benito vino al mundo en un rincón de la Sabina.

.....



Poco duró la dominación de los hérulos. Hacia el año 492, cuando Benito era todavía un muchacho, los ostrogodos se precipitaron a su vez sobre el territorio italiano. Teodorico, su caudillo, una vez ocupado el país, emprendió la ardua tarea de hacerlo reflorcer. Príncipe inteligente, enérgico y ambicioso, se rodeó de valiosos colaboradores, entre los que descollaron Casiodoro y Boecio; dotó a su estado de instituciones y de un derecho esencialmente romanos: protegió a los sabios, poetas y artistas; restauró los antiguos monumentos públicos y elevó otros nuevos. La antigua grandeza romana parecía resucitar, mientras el pueblo italiano gozaba al fin de un periodo de paz y tranquilidad. Las primeras fundaciones monásticas de San Benito tienen lugar en este tiempo bonancible.

Mas las calamidades de Italia no habían acabado. A la muerte de Teodorico (526), se sucedieron en el poder varios reyes insignificantes. Viendo hundirse rápidamente el prestigio de los ostrogodos, el emperador Justiniano I creyó llegado el momento de realizar su sueño dorado de unir nuevamente el Imperio de Occidente y el de Oriente y devolver al mundo mediterráneo su unidad política, cultural y religiosa. En 535 estalla la guerra; y mientras godos y romanos luchan con suerte alternativa, el hambre y la peste reinan en todas partes. Como puede observarse en los *Diálogos*, San Benito compartió las tribulaciones de su pueblo y socorrió con abnegada caridad a los necesitados que llamaban a la puerta de Montecasino. Durante esta prolongada guerra, que no acabó sino después de la muerte del patriarca, recibió esta la visita del entonces triunfante rey de los ostrogodos, Totila, quien se llegó al monasterio atraído por la fama de profeta de que gozaba Benito.

Fácil es imaginar la profunda corrupción moral de la sociedad italiana en medio de los trastornos que acabamos de mencionar. Salviano de Marsella, el lúgubre pintor de la miseria moral de su tiempo, atribuye a los vicios de los romanos la vergonzosa caída del Imperio. La situación religiosa no era mejor. Los invasores bien seguían siendo paganos o bien habían abrazado el arrianismo; y entre el pueblo italiano sobrevivían aún importantes restos de idolatría. ¡Si al menos los católicos fueran lo que debieran! Pero Salviano se pregunta inconsolable: «¿Dónde están los que viven pía y justamente? ¿Dónde están los que con buenas obras muestran que aguardan la bienaventuranza esperada y llevando una vida inmaculada demuestran por el mismo hecho que esperan el reino de Dios?».

### Los estudios en Roma

Cuando, acompañado de su fiel nodriza, el joven Benito abandonó el país natal para proseguir los estudios en las aulas romanas, gozaba Italia de los años tranquilos y constructivos del reinado de Teodorico. Profunda debió ser la impresión

.....



que la Roma clásica de la antigüedad y la Roma eclesiástica del Cristianismo causaría en el joven provinciano. La *Roma æterna*, la *aurea Roma*, apareció ante los ojos maravillados del adolescente en todo el esplendor de sus monumentos de mármoles y granito. Todo aquel estupendo conjunto de templos, palacios, anfiteatros, foros, columnatas, estatuas, arcos de triunfo se mantenía aún en pie. Por las calles de la urbe seguía deslizándose la vida antigua: los lictores precedían el paso de los cónsules suntuosamente ataviados: el Senado promulgaba sus decretos en tablas de bronce o mármol; la plebe se divertía en el circo contemplando las carreras de caballos. Roma seguía siendo para muchos «cabeza del mundo» y «madre del orbe», y se repetía aún con veneración aquello de *Roma communis patria*, *Romæ nemo alienus*. Por aquellos días precisamente en que Benito se encontraba en la ciudad, Casiodoro hablaba del «milagro» de Roma, y Fulgencio, el futuro obispo de Ruspe, «para quien el mundo estaba crucificado», exclamaba fuera de sí después de contemplar tanta grandeza: «¡Cuán hermosa debe ser la Jerusalén celestial, si la Roma terrestre brilla con tanto esplendor!». Y no era este el único aspecto de la ciudad, capaz de interesar al nuevo estudiante; Roma tenía para él otros encantos quizá más fascinadores: sus hermosas basílicas cristianas resplandecientes de mosaicos, los gloriosos sepulcros de los mártires, el prestigio de la sede apostólica de la que ya había dicho Próspero de Aquitania: «Roma, sede de Pedro, ha llegado a ser por la dignidad pastoral la cabeza del mundo, y lo que la ciudad no sometió por las armas, lo avasalla ahora en virtud de la religión».

Sin embargo, no todo era brillante en Roma hacia el año 500. Toda la pompa exterior no lograba ocultar la ruina política de la ciudad. ¿Acaso el emperador no estaba lejos, en Constantinopla, mientras un godo señoreaba sobre Italia y la «reina de las ciudades»? La situación eclesiástica no era menos lamentable. A la muerte de Anastasio II, en efecto, acaecida en 498, se habían formado dos partidos; y mientras uno, inflexible mantenedor de la pureza del dogma y de la independencia de la Iglesia, eligió como papa al diácono Símaco, el otro, servilmente adicto al emperador de Bizancio y dispuesto a todas las concesiones a fin de restablecer la unidad religiosa con los griegos, creó al antipapa Lorenzo. Durante unos tres años Roma fue teatro de las escenas más salvajes que el fanatismo religioso puede inspirar, y sólo el tiempo logró calmar los ánimos y poner fin a aquellos luctuosos desórdenes.

Entretanto, había penetrado Benito en el ambiente estudiantil de la gran ciudad. Ambiente fascinador para un joven deseoso de aprender. Por aquel tiempo escribía Ennodio de la capital del Lacio: *Natalis sedes studiorum, urbs amica liberalibus studiis, Roma, in qua est naturalis eruditio*. De hecho, aunque tales frases parecen

.....



un tanto exageradas, la fama de las escuelas romanas permanecía intacta, y de todos los rincones de Italia, de África y de las Galias, afluían a ellas numerosos estudiantes pertenecientes a las mejores familias. Con ellos se mezcló Benito para oír las lecciones de los retores. Pues fue, a no dudarlo, la retórica la primera de las materias a que debía consagrarse. La formación escolar, que en lo esencial permanecía aún fiel a las normas dadas por Quintiliano, se dividía en dos grados: la escuela primaria y la superior. En la primera dominaba la gramática, es decir la lectura y comentario de los clásicos; en la segunda, los alumnos se aplicaban ante todo al estudio y ejercicio de la retórica, y acaso se entregaban luego a estudios especiales de derecho o filosofía. Los jóvenes estudiantes solían pasar de una a la otra escuela a los dieciséis o diecisiete años; y esta sería la edad de Benito al ingresar en las aulas de Roma, pues muy probablemente había ya cursado la gramática en su país natal. La retórica constituía el nervio de la educación liberal del romano; la escuela romana era ante todo escuela de elocuencia, enseñaba a hablar y persuadir. Si bien intencionadamente escrita en la lengua corriente de la época, la Regla muestra en muchos de sus pasajes, y singularmente en el hermoso discurso que la precede bajo el título de prólogo, la huella de esta formación retórica recibida en Roma por su autor, el uso frecuente que hace del ritmo prosaico, entonces en boga entre los buenos escritores, revela igualmente en San Benito «una buena formación escolar de gramática y retórica». ¿Estudió también el joven nursino el *ars boni et æqui*? Hay algún fundamento para sospecharlo, ya que, si es indudablemente exagerado ver en el patriarca de Casino a un consumado jurisconsulto, no es menos evidente el fino sentido jurídico de que, como veremos adelante, la Regla entera está impregnada.

Mas, si realmente estudió derecho, Benito no prosiguió hasta el fin esos estudios. Una decisión del propio estudiante interrumpió su carrera, sin que sepamos exactamente cuándo. Si no reflexionamos sobre las expresiones del biógrafo, tenemos la impresión de que Benito decidió marchar apenas llegado a Roma; mas las palabras de San Gregorio deben entenderse rectamente. Gregorio llama a nuestro estudiante: *Benedictus puer, religiosus puer* (*Diál. II, pref.*); de ahí se solía deducir que el santo contaría por entonces catorce años de edad o quizá menos, sin parar mientes en que un hombre podía ser llamado *puer* hasta los veintiocho años. Dice, además, el biógrafo que Benito abandonó la escuela *scienter nescius et sapienter indoctus* (*Diál. II, pref.*); pero la cultura literaria que la Regla supone en su autor no nos permite tachar a éste de ignorante, tomando a la letra esta frase. Gregorio quiso simplemente expresar con este juego de palabras, su aprobación a la resolución del santo de renunciar a la carrera y a los honores a que sus estudios le conducían, a cambio de escabullirse de las ocasiones de pecar.

.....



## La renuncia

Huir de las ocasiones de pecar: tal es la verdadera explicación de este acto trascendental de la vida de Benito. En su decisión, en efecto, no entra para nada el menosprecio de la ciencia; nada hallamos en ella de antihumanismo ni antiintelectualismo. En 413 había escrito San Jerónimo que la capital del Imperio detentaba la palma de los vicios; las cosas no habrían cambiado, bajo este aspecto, a fines de siglo. El joven comprendió que la vida de estudiante, lejos del hogar, en medio de una ciudad populosa y corrompida, estaba erizada de peligros morales; cada día podía ver como sus camaradas sucumbían al torbellino de las pasiones; y tuvo miedo. Al mismo tiempo su espíritu reflexivo le llevaba a considerar la inanidad de la vida mundana. He ahí la génesis de una determinación magnánima: renunciar a su porvenir en el mundo, abandonando los estudios y a la vez la casa y los bienes paternos; encaminarse luego a la soledad para abrazar en ella la austera vida eremítica. La renuncia fue total desde el primer momento. San Gregorio es categórico: «Despreciando, pues, los estudios literarios, abandonó la casa y los bienes de su padre, y deseando agrandar a solo Dios, buscó el hábito de la vida monástica» (*Diál.* II, pref.); «dejados los estudios literarios, concibió el propósito de retirarse al desierto» (c.1).

## Un alto en el camino de la soledad

Pensar que Benito salió de Roma marchando al azar sería desconocer de todo en todo su carácter. No cabe duda alguna de que tenía un plan bien determinado. Mas la buena de su nodriza se empeño en marchar con él, y en tal compañía era evidentemente imposible realizar su propósito. ¿Qué hacer? Los dos viajeros tomaron la vía de Tívoli. Cuando llegaron a Enfide (hoy Affile), modesta aldea situada en las montañas natales de su Sabina, ciertos personajes les rogaron que se quedaran con ellos. ¿Quiénes eran esos *honestiores viri* de la narración gregoriana? La hipótesis de que fueran estudiantes de teología que se formaban en la vida clerical junto al sacerdote u obispo del lugar, parece completamente gratuita. Más probable es que se tratara de una de las entonces frecuentes colonias de ascetas que, sin abandonar el mundo, se hallaban unidos por la común aspiración a la perfección cristiana. De todos modos quedarse en Effide debía ser para nuestros viajeros una buena solución, y accedieron a los ruegos de los caritativos y misteriosos personajes. Pero no por esto renunció Benito a su primer propósito. Su estancia en Effide no representa más que un alto en la ruta de la soledad. Un hecho prodigioso reveló la santidad del joven, quien, para escapar a la popularidad, decidió huir, separándose asimismo secretamente de la fiel pero embarazosa nodriza (*Diál.* II, 1).



## LAS EXPERIENCIAS DE SUBIACO

### La consagración monástica

No lejos de Effide existía, en el valle del Anio, un lugar solitario y escondido, a propósito para satisfacer las aspiraciones de Benito. El lugar se llamaba *Sublacum* (Subiaco). En él los torrentes de la montaña mezclaban entonces sus aguas en un lago artificial mandado construir por el emperador Claudio; en el terso espejo del lago se reflejaban los muros ruinosos de un palacio que fue en otro tiempo lugar de delicias del emperador Nerón. La vida cortesana había florecido allí; pero al marchitarse, sus ruinas no hacían sino acentuar la augusta soledad del valle.

Apenas —según parece— llegado a aquellos parajes, se encontró Benito con un monje del vecino monasterio del abad Adeodato. El joven se confió al monje, y Román, que tal era su nombre, se ofreció a ayudar al joven. El primer servicio que pudo prestarle fue el de imponerle el vestido característico —sin duda la melota de piel— que debía testimoniar exteriormente su renuncia al mundo y su propósito de vivir según el estilo de vida de los monjes. La tradición, en efecto, no consentía que el aspirante a monje se revistiera él mismo el hábito religioso; era menester recibirlo —símbolo de la transmisión de una gracia espiritual— de manos de un abad o de un monje, al igual que Eliseo heredando el manto de Elías al mismo tiempo que una doble porción de su espíritu (2Re 2). La mera imposición del hábito constituía a menudo para los antiguos toda la ceremonia de la consagración monástica, es decir, de la propia e irrevocable entrega hecha a Dios por el monje y de la aceptación por parte de Dios significada ritualmente. Así sucedía, por ejemplo, en los monasterios de San Pacomio. Tal fue asimismo el medio por el que Benito entró en el estado monástico.

### El anacoreta

Cumplido este rito indispensable, el novel monje se refugió en una cueva escondida entre malezas (el *Sacro Speco*). Su propósito era ocultarse a los ojos de los hombres y vivir para solo Dios. Si bien sobrio en detalles, San Gregorio insiste sobre la soledad absoluta del anacoreta. Para llegar hasta él, preciso era marchar «a través de las asperezas de los montes, las profundidades de los valles y las hondonadas de aquellas tierras» (*Diál.* II, 1). Sólo el monje Román conocía el lugar de su retiro, pero respetaba el silencio de que el solitario se rodeaba: si le procuraba el escaso pan que podía sustraer a su propia ración a escondidas del abad Adeodato, hacía descender el cesto de las provisiones desde lo alto del roquedal mediante una





cuerda a la que ataba una campanilla para anunciar su llegada (Ibid.). Benito vivía tan ajeno a lo que sucedía en el mundo, que incluso ignoraba que día se celebraba la solemnidad de las solemnidades, la fiesta de Pascua (Ibid.). En su estrecha cueva practicaba, además, el más rígido ascetismo: constituían su alimento los restos de la porción de Román; en una ocasión el Señor dijo al sacerdote que se preparaba la refección del día de Pascua: «Tú te preparas delicias, y mi siervo sufre hambre en aquel lugar» (Ibid.); cuando finalmente unos pastores descubrieron el cobijo del solitario, tomaron a éste por una bestia salvaje a causa de sus vestidos de pieles (Ibid.). En conclusión, Benito practicó, durante unos tres años, la vida monástica siguiendo a la perfección el modelo heroico de San Antonio; su ascetismo nada tuvo que envidiar al de los célebres «atletas del desierto».

En su cueva inaccesible, el joven monje «vivía consigo mismo»; tales son los términos usados por el hagiógrafo para definir su vida solitaria (*Diál.* II, 3). De esa su concentración habitual «ante los ojos del Creador» —nos lo refiere el mismo San Gregorio—, sólo le sacaba a veces el «ardor de la contemplación» (Ibid.). Desgraciadamente los *Diálogos* no bajan a detalles, y esa vida interior del santo se nos escapa por entero. Una cosa, sin embargo, es clara: de todo el conjunto de la narración gregoriana —y ésta es sin duda la impresión que pretendía causar el biógrafo— se desprende que San Benito fue un teodidacto; en su soledad absoluta, precisamente al principio de su vida monástica, no tuvo otro maestro de novicios ni otro guía espiritual que al mismo Espíritu Santo.

### La paternidad espiritual

En su cueva ignorada de los hombres, no había faltado a Benito un visitante, el mismo que no faltó a Jesús en el desierto. Un día quiebra el demonio la campanita de Román (*Diál.* II, 1); otra vez excita en el solitario una tentación carnal tan vehemente, que el joven se siente en trance de sucumbir. Ya imagina dar al traste con su vida monástica, cuando una decisión heroica nace en su pecho: despojándose de sus vestidos, se revuelca entre zarzas y ortigas, hasta ahogar en el fuego de sus heridas el ardor de la concupiscencia. Victoria señalada sobre sí mismo, este hecho marca un hito importante en la carrera del hombre de Dios: en primer lugar le vale la gracia de la *apatheia* cristiana, al menos por lo que atañe a la castidad, pues «desde entonces, según solía después contar él mismo a sus discípulos, de tal modo quedó en él amortiguada la tentación de la voluptuosidad, que jamás sintió en sí mismo nada semejante» (*Diál.* II, 2). Como una consecuencia casi necesaria del dominio sobre sí mismo, debía recibir también la gracia de la paternidad espiritual.



En efecto, según la antigua tradición, el monje que ha alcanzado la perfección, se transforma casi inevitablemente en abad: los discípulos afluyen a él, y él les impone el hábito, les infunde el espíritu monástico mediante su enseñanza, les forma con su ejemplo. Así ocurrió con San Benito. «A la verdad, libre del vicio de la tentación» nota San Gregorio, «fue tenido ya con razón como maestro de virtudes» (*Diál.* II, 2). Fue su santidad precoz la que atrajo al solitario esos primeros discípulos de quienes habla el biógrafo (*Ibid.*). Así, al parecer sin previo nombramiento por parte de la autoridad eclesiástica, obedeciendo simplemente a los ruegos de quienes le elegían por maestro y director de sus almas, *per viam facti*, el solitario se transforma en abad. ¿No había sucedido lo mismo a San Antonio y a San Pacomio?

### Una dolorosa experiencia

Hasta aquí, sin embargo, no se ha hablado ni de cenobitismo ni de monasterio. Los discípulos de Benito vivirían en las inmediaciones de su cueva llevando vida solitaria, originándose de este modo una especie de colonia de ermitaños al estilo de las de Egipto, sin más unidad que la que le confería la doctrina espiritual del común maestro.

Mas un buen día el maestro abandonó su cueva para convertirse en abad de un monasterio vecino. Conocedor sin duda de la clase de monjes que lo habitaban, Benito se resistió cuanto pudo a aceptar aquel cargo; y sólo la porfía con que aquellos cenobitas, huérfanos de padre, insistieron en su demanda, logró vencer su repugnancia. Si los monjes creían haber escogido a un abad fácil de manejar, se engañaron de medio a medio. Muy pronto experimentaron que el nuevo superior no les permitía apartarse ni a diestra ni a siniestra del recto camino de la observancia monástica. No habituados, sin duda, a soportar tales yugos, los monjes empezaron por murmurar contra un gobierno que juzgaban tiránico, y acabaron por atentar contra la vida de Benito. San Gregorio nos ha descrito la escena (*Diál.* II, 3). El vaso que contenía la bebida mortífera se quebró al ser bendecido por el abad. Al mismo tiempo descubrió este toda la perversidad oculta en aquellos corazones. Después de unas pocas palabras de perdón y despedida, regresó a su amada soledad.

### Los doce monasterios

La experiencia había sido tristísima. Benito se recogería en la gran paz del yermo, deseoso de no abandonarla jamás. Sin embargo, apenas vuelto a Subiaco, los discípulos afluyeron de nuevo en gran número, y Benito no quiso desecharlos. Esta vez hubo de pensar en una organización en regla, y buscó en la tradición monástica un modelo en que inspirarse. Lo halló en el monasterio de San Pacomio. En efecto,

.....



los detalles que los *Diálogos* (II, 3-8) nos suministran acerca de la vida benedictina en Subiaco, concuerdan con los rasgos característicos del cenobio pacomiano. Reservándose cabe si a los más jóvenes a fin de formarlos personalmente, el hombre de Dios dividió a sus discípulos en grupos de doce monjes; cada uno de esos grupos habitaba un monasterio propio, regido por un abad; estos monasterios fueron en número de doce (*Diál.* II, 3). Ahora bien, es evidente que los doce monasterios, tan reducidos y tan sencillamente contruidos —probablemente de madera— que apenas instalados se piensa en abandonar o transportar a tres de ellos desde la cima de la montaña hasta el fondo del valle (*Diál.* II, 5), corresponden a la división en «casas» —*domus*— del cenobio pacomiano; el abad —*abbas* o *pater*— colocado por San Benito al frente de cada uno de los monasterios es una institución equivalente a la del «sobrestante» —*præpositus*— que, según la ordenación de San Pacomio, presidía a cada una de las «casas»; como en Tabennisi, todos los monasterios, monjes y abades estaban sometidos a un superior común: el mismo San Benito. Existen todavía otros detalles que contribuyen a persuadirnos de que fue realmente el cenobio de Pacomio —por ventura a través de otro u otros monasterios italianos calcados sobre el de Tabennisi— lo que inspiró la primera organización de Subiaco.

Bajo la dirección del gran abad, la existencia de los primeros monjes benedictinos transcurría pacífica y prósperamente, dedicada por entero a la oración y al trabajo. Los milagros, la doctrina, la santidad de Benito le atraían numerosas vocaciones; su fama de taumaturgo extraordinario y de maestro incomparable se había divulgado muchos kilómetros a la redonda. De la misma Roma nobles varones y aun patricios acudían a su monasterio y le entregaban a sus hijos a fin de que los formara en el servicio divino; de esta manera vemos aparecer junto al hombre de Dios dos figuras juveniles que en la tradición se le harán inseparables: el grave San Mauro y el ingenuo San Plácido (*Diál.* II, 3).

El sacerdote Florencio, que administraba una iglesia de los alrededores, no veía con buenos ojos el éxito siempre en auge del siervo de Dios y su fundación monástica. Ofuscado por la envidia, juzgaba buenos todos los medios a fin de deshacerse de su involuntario rival. Después de atacarle de mil maneras, de haber incluso atentado contra su vida, el desgraciado concibió el proyecto diabólico de emponzoñar las almas de sus discípulos más jóvenes y arruinar de una vez para siempre el buen nombre de la colonia monástica. Sólo ante tales maquinaciones Benito se dio por vencido y decidió marchar. Así nos lo asegura San Gregorio (*Diál.* II, 8).

Un episodio, sin embargo, que a continuación se narra, es sumamente significativo. Florencio, enterado de la decisión del hombre de Dios, se entregaba a la alegría del

.....



triunfo, cuando la solana de su casa, en la que se hallaba, se hundió súbitamente, sepultando en sus escombros al infeliz sacerdote. La noticia de este aciago suceso fue prontamente comunicada a Benito, quien se hallaba todavía a unas diez millas de Subiaco. Bruscamente las circunstancias habían cambiado en favor suyo; ya no había razón alguna para abandonar a sus monjes. Pero Benito, a pesar de los ruegos de Mauro, no quiso retroceder (*Diál.* II, 8). ¿Por qué? Las importantes modificaciones que le veremos introducir desde el principio en su nueva fundación nos dan, a no dudarlo, la respuesta. A Benito ya no le satisfacía la organización pacomiana. Poco a poco había madurado en su espíritu un nuevo ideal. La obstinada persecución de Florencio le ofrecía la ocasión de escaparse de las condiciones estrechas que en cierta manera le tenían ligado en Subiaco para intentar, sobre un nuevo terreno, la realización del nuevo proyecto. Benito no deja pasar la coyuntura.

Si la tradición no se engaña, corría entonces el año 529 y Benito se aproximaba —si no la había alcanzado ya— a la cima de su cincuentena. Los *Diálogos* hacen notar con gran fuerza la importancia que tuvo en la existencia del hombre de Dios su partida de Subiaco; después de echar una mirada retrospectiva sobre los prodigios obrados por el santo y comprobar su semejanza con los atribuidos a grandes personajes bíblicos, concluyen que Benito «estaba lleno del espíritu de todos los justos» (*Diál.* II, 8). En el lenguaje de los *Diálogos* esta frase significa que el siervo de Dios había alcanzado la plena madurez espiritual. Es asimismo curioso observar cómo había recorrido igualmente todas las etapas atravesadas por el ascetismo cristiano hasta llegar al cenobitismo. Luego de abandonar los estudios, había vivido —según parece— como asceta en la pequeña aldea de Effide. Recibido el hábito monástico, había llevado austera vida eremítica según el modelo del gran San Antonio y de los otros solitarios de la edad de oro. De la dura escuela de la soledad, salió transformado; siendo ya un monje perfecto, empezó a ser maestro y padre de otros solitarios. Sigue el doloroso ensayo abacial entre aquellos monjes sarabaítas que quisieron envenenarle. Vuelto a su amada soledad, se había visto obligado por los muchos discípulos que a él afluían a emprender una verdadera fundación monástica, que plasmó según el modelo que le ofrecía el monasterio de San Pacomio. Subiaco fue para San Benito una escuela fecunda en experiencias.

## LA PLENITUD DE MONTECASINO

El nuevo monasterio

El hombre de Dios sabía adónde iba y a qué iba. Sin vacilar un instante, bajó en dirección a Alatri, pasó por Veroli, siguió la *Via latina* y se paró a mitad de la

.....



distancia entre Roma y Nápoles. Se hallaba en *Cassinum*, un antiguo centro estratégico, ocupado sucesivamente por etruscos y romanos, quienes hicieron de él un *castrum*, es decir, una villa fortificada. Junto a la villa se yergue una hermosa montaña de 519 metros de altura, coronada en aquel entonces por una antiquísima ciudadela y un templo pagano. Benito y sus acompañantes subieron monte arriba y se instalaron en la fortaleza. Tal fue el origen de la celeberrima abadía de Montecasio.

Ignoramos todo detalle seguro acerca de cómo se hizo esta nueva fundación. Inútil perderse en hipótesis. Lo cierto es que el lugar estaba admirablemente situado para asentar en él un monasterio. Al Oeste, la mirada se dilata sobre una llanura fértil e inmensa, sembrada de villas y villorrios; al Sur, serpentea el Liris entre verdes praderas, limitadas por una cadena de colinas; por el Norte y Este se extiende, majestuosa y pintoresca, la cordillera de los Apeninos. «Como en un maravilloso paraíso, la fundación de San Benito se elevaba sobre la agitación de los hombres, cerca del cielo y de su paz».

Según queda dicho, en la cumbre de la montaña encontró el hombre de Dios y sus compañeros una ciudadela coronada por un templo. Después de derribar el ara y destruir la estatua de la divinidad, a la que rendían aún culto no pocos campesinos de los alrededores (*Diál.* II, 8), los monjes, bajo la dirección de su abad, se pusieron a la obra de convertir en monasterio aquellos edificios más o menos ruinosos (c. 8-11). El templo pagano fue transformado en oratorio, que se dedicó al más ilustre de los monjes occidentales, San Martín de Tours; donde se levantaba el ara, en la cúspide de la montaña, se construyó otro oratorio en honor de San Juan Bautista, el gran modelo de vida ascética (c. 8). Los monjes celebraban sus oficios en la pequeña basílica de San Martín; acaso la capilla de San Juan Bautista fue reservada a los fieles. San Benito escogió para habitación propia el piso superior de una torre que dominaba todos los otros edificios. Frente a la torre se extendía el dormitorio de los monjes (c. 35). A lo que parece, el refectorio se hallaba situado junto al dormitorio, mientras la hospedería se levantaba entre la puerta de entrada y el monasterio propiamente dicho. Todo el recinto estaba rodeado por una muralla flanqueada de varias torres y con una sola puerta de acceso. Si bien no estemos bastante informados sobre las proporciones del conjunto del monasterio, de la lectura de los *Diálogos* parece colegirse que los trabajos de construcción fueron mucho más considerables que en Subiaco. Montecasio fue, sin duda, desde los orígenes, un monasterio importante.

Esa misma importancia del cenobio casinense y las características que en él hemos reconocido, nos dejan adivinar que la organización de la vida monástica había

.....



experimentado un cambio notable respecto a la de Subiaco. Y lo primero que se echa de ver es que San Benito agrupa a todos sus monjes bajo un mismo techado. Desde el principio, en Montecasino, la comunidad es una, compacta, bajo la dirección de un solo abad. Todos los monjes salmodian al unísono en un mismo oratorio; juntos toman su alimento en un mismo refectorio; se ocupan a sus tiempos en trabajos manuales o se dedican a la lectura; se recogen, al anochecer, en un dormitorio común, donde se entregan conventualmente al reposo. Han desaparecido, pues, la división de la comunidad en grupos, los pequeños monasterios que éstos ocupaban, los abades subalternos que les presidían. Entre la organización monástica de Subiaco y la de Montecasino hay una diferencia comparable a la que existía entre el cenobio de San Pacomio y el de San Basilio.

Las páginas de San Gregorio nos permiten vislumbrar la indeficiente solicitud con que el abad Benito vela continuamente sobre sus monjes. Padre bondadoso y a la vez maestro riguroso, el hombre de Dios los corrige y reprende siempre que es necesario; ni una sola de las faltas de sus discípulos, sea colectiva, sea personal, le pasa inadvertida. Por experiencia saben todos en el monasterio que tienen un abad extraordinario a quien nada se le oculta de cuanto piensan en lo más recóndito de su alma (*Diál.* II, 20), de cuanto hacen aún fuera de casa (c. 12 y 19); un abad que, si hemos de estar a lo que cuenta San Gregorio, sabe ilustrar sus enseñanzas con hechos prodigiosos. En efecto, ya en Subiaco varios de sus milagros subrayaron con fuerza el valor de la oración (c. 4), de la confianza en la providencia (c. 5), del trabajo (c. 6), de la obediencia (c. 7); en Montecasino, los portentos continúan apoyando los preceptos fundamentales del monacato benedictino: la humildad, la obediencia, la pobreza individual (*Diál.* II, 19), la clausura (c. 24), la estabilidad (c. 25), la caridad (c. 28). ¡Qué seguridad debía experimentarse bajo la tutela de tal padre! Bastaba acudir a él, encomendarse a sus oraciones, para que toda dificultad se allanara, todo mal cesara, todo peligro desapareciera. La oración del gran abad envolvía continuamente a sus monjes como un manto protector; esta es cabalmente una de las impresiones más profundas que deja en el ánimo la lectura de los *Diálogos*. Separarse de la obediencia de San Benito era uno de los peores males a que el demonio podía inducir a los monjes (*Diál.* II, 24 y 25).

## La Regla

No es extraño que bajo tal abad la vida monástica floreciera en Montecasino. Y no sólo en Montecasino. Consta que algunos monjes casinenses fueron a fundar un monasterio cerca de Terracina (*Diál.* II, 22). San Gregorio nos lo refiere porque ocurrió en este caso un hecho prodigioso; mas no se excluye la posibilidad de otras fundaciones. Para todos sus hijos —de Montecasino, de Subiaco, de Terracina, acaso

.....



de otra u otras fundaciones desconocidas—, para los hijos de sus hijos y, en general, para todos los monasterios que quisieran aceptarla, escribió San Benito una regla monástica. San Gregorio, al darnos esta noticia, califica el código benedictino de «notable por su discreción y claro en su lenguaje», y a su autor de varón no menos preclaro por su doctrina que por sus milagros (*Diál.* II, 36). Fruto maduro de su conocimiento de la tradición monástica, de su reflexión, de su experiencia, de su santidad, la *Sancta Regula* ha hecho del primer abad de Montecasio el «Patriarca de los monjes de Occidente».

### San Benito y el mundo exterior

San Benito fue esencialmente monje y padre de monjes; su obra monástica constituyó la única verdadera preocupación de su vida. Mas a nadie puede extrañar —lo contrario sería más bien sorprendente— que la influencia de su personalidad excepcional trascendiera mas allá de los muros del monasterio. Y en efecto, si ya al ser descubierto por los pastores en su cueva de Subiaco, empezaron a acudir a él muchas personas que, según frase de San Gregorio, proporcionaban al joven ermitaño el alimento del cuerpo a cambio del pan del alma que Benito les repartía (*Diál.* II, 1), más tarde, en Montecasio, la acción del gran abad sobre los pueblos circunvecinos fue indudablemente muy intensa. Esta acción la ha resumido el hagiógrafo en una frase: Benito, «con su predicación continua, atraía a la fe a las multitudes que habitaban en los alrededores». Mas sería ilusorio, tomando pie en estas palabras, figurarse al abad de Montecasio bajo los rasgos de un vicario apostólico en país de misión o imaginar a sus monjes como una activa hueste de predicadores. En la Regla no se halla alusión alguna a cualquiera clase de actividad «apostólica» del monje fuera del cenobio; los *Diálogos*, además de lo citado sobre la predicación de San Benito, sólo nos dicen que éste enviaba, ora uno, ora otro de sus discípulos, a dar conferencias espirituales a unas religiosas que vivían no lejos de Montecasio (*Diál.* II, 19). A esto se reduce toda nuestra información sobre el «apostolado» del abad y monjes casinenses. En cambio, los deliciosos cuadros que San Gregorio nos pinta, nos muestran a San Benito unas veces sentado junto a la puerta del monasterio (c.14 y 15), enfrascado en la lectura (c. 31); otras, en su celda (c. 34), entregado a la oración (c.11); otras, regresando con los monjes de las faenas del campo (c. 32) o dirigiéndose al oratorio de San Juan Bautista a fin de satisfacer allí sus devociones (c. 30); en otra ocasión le vemos perdido, de noche, en altísima contemplación ante la ventana de su torre (c. 35). Ni una sola vez le hallamos fuera del monasterio mezclado con seglares; y ello es tanto más notable cuanto en esas escenas se trata siempre de milagros, y de milagros obrados las más de las veces en favor de personas ajenas a la comunidad monástica. ¿Es que por

.....



ventura solo tenía San Benito poder de realizar tales prodigios dentro de los muros del cenobio?

No; el abad de Montecasino ejerció, ante todo, su influencia sobre los hombres y los pueblos de los alrededores de un modo muy diverso al que llamamos hoy «apostolado». Sin moverse de su montaña, atraía insensiblemente a sí a cuantos por la fuerza de las cosas entraban en contacto con él o con su monasterio. Fue su carácter, su personalidad excepcional y ante todo su santidad lo que convirtió a Montecasino en un poderoso foco de irradiación cristiana. A través de los *Diálogos* se puede observar una verdadera peregrinación subiendo a la montaña santa para visitar al hombre de Dios. Entre los peregrinos encontramos a pobres campesinos, hombres libres, abades, obispos, hasta un rey, Totila, rodeado de brillante comitiva. Alguno va guiado por la sola curiosidad de conocer a un santo; otra categoría de visitantes —la más numerosa— es la que componen los necesitados, los atribulados, los oprimidos, los enfermos, que están seguros de encontrar cabe el hombre de Dios lo que necesitan, si es preciso, mediante un milagro. Otros, finalmente, suben a Montecasino para encomendarse a las oraciones del santo, para gozar de su conversación celestial, para edificarse con su presencia. Estos son los amigos de Benito, los que le visitan habitualmente: los obispos Germán de Capua y Sabino de Canosa, el abad Servando (*Diál.* II, 35), su hermana Santa Escolástica, a cuya última entrevista con Benito dedica San Gregorio una admirable y bellísima página (c. 33). Nadie baja del monte sin sentirse aliviado, enfervorizado, mejor.

### El tránsito

De esta manera, en la atmósfera pura y serena de la cumbre de Montecasino y de la cumbre de su santidad, transcurrieron los últimos años de la vida terrestre del patriarca. El santo biógrafo acertó a trazar en pocos rasgos el cuadro sublime del desenlace de esta existencia. La *amara mors* de los antiguos no asoma en el relato sencillo y breve de San Gregorio; la muerte, o mejor, el tránsito de San Benito tiene la majestad, la elegancia y placidez de una ceremonia litúrgica. En el oratorio, de pie, sostenido por sus discípulos, orando con las manos levantadas al cielo, confortado con la comunión del cuerpo y la sangre de Cristo, el patriarca exhaló su espíritu (*Diál.* II, 37). Era, al parecer, el 21 de marzo del 547, o de uno de los años inmediatamente siguientes. Su cuerpo fue colocado en el sepulcro que él mismo se había preparado en el oratorio de San Juan Bautista, cabe los restos mortales de su hermana Escolástica.

.....